

# Las reflexiones de León Tolstoi sobre la muerte en la hermenéutica existencial de León Shestov

Mijaíl Málishev\*

Recepción: 9 de febrero de 2010

Aceptación: 26 de mayo de 2010

\*Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México, México.

Correo electrónico: mijailmalychev@yahoo.com.mx

**Resumen.** Se analizan dos obras artísticas de León Tolstoi a la luz de la hermenéutica del filósofo ruso León Shestov, la cual muestra que los seres humanos, puestos en las situaciones-límite, cambian radicalmente sus convicciones habituales y se convierten en los jueces implacables de sus propios valores y orientaciones existenciales que anteriormente guiaron sus vidas.

**Palabras clave:** muerte, razón, enfermedad, situación-límite, convicciones.

**The Reflections of Leo Tolstoy about the Death in the Existential Hermeneutics of Leo Shestov**

**Abstract.** The author analyses two artistic works of Leo Tolstoy in the light of hermeneutics of Russian philosopher Leo Shestov; which shows that human beings, in extreme situations, may drastically change their usual convictions and become the implacable judges of their own values and existential orientations that used to guide their lives.

**Key words:** death, reason, illness, limit-situation, convictions.

## Introducción

El destacado filólogo norteamericano George Steiner considera que la *Torá* y el *Talmud*, los libros sagrados de los judíos, sirvieron no sólo como una “guía espiritual” sino también como un instrumento de supervivencia y consolidación de los eternos errantes dispersos en los diferentes rincones del globo terráqueo por los caprichos del destino histórico. Desde el punto de vista de Steiner, para la diáspora judía, su morada fue la “Casa del Libro”, y la escritura ha sido su principal patrimonio espiritual.

“El texto es el hogar, cada comentario, un regreso. Cuando lee, cuando en virtud del comentario convierte su lectura en un diálogo y en un eco vivificador, el judío es, hurtando la imagen de Heidegger, el pastor del ser” (Steiner, 2001: 351).

Precisamente ese “pastor” del ser de la individualidad singular e irrepetible del hombre, irreducible a la fatuidad de la razón y al igualitarismo de la “omnitud”, en mi opinión, fue León Shestov,<sup>1</sup> por su espíritu el más judío entre toda la cohorte de los pensadores rusos de la época prerrevolucionaria. La filosofía de Shestov es una “casa de hermenéutica y exégesis”

1. León Shestov (seudónimo de Lev Isaakovich Shvartzman) nació en Kiev en 1866 en una familia de un rico fabricante judío. En 1889 terminó los estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Moscú. A pesar de que León ayudaba a su padre en los asuntos de la fábrica, sin embargo, se quedaba interiormente ajeno al mundo de negocios y a los problemas específicos de la diáspora judía. Desde 1895 se definió su vocación filosófica y literaria, cuyo testimonio es la publicación de su primer libro titulado *Shakespeare y su crítico Brandes*. Entre 1895 y 1901 vivió en el extranjero en donde preparó dos libros: *La doctrina del bien en Tolstoi y Nietzsche y Dostoievski y Nietzsche*. En 1905 publicó su libro más controvertido *Apoteosis de la sinrazón*. En 1910 el filósofo se trasladó a Suiza, donde se sumergió en el estudio de la filosofía medieval, de los místicos alemanes y Lutero. Regresó a su país en vísperas de la I Guerra Mundial hasta 1920. En 1920 abandonó Rusia, esta vez para siempre. Desde 1922 hasta su muerte vivió en París ocupando la cátedra de literatura rusa en la Sorbona. En 1928, por el consejo de su amigo y antípoda filosófico Edmund Husserl, descubrió los trabajos de Kierkegaard, cuyas ideas le sorprendieron mucho por su similitud con su propio ideario. El filósofo ruso murió en París en 1938. Los trabajos más significativos de su último periodo son: *Potestas clavium* (1923), *En la balanza de Job* (1929), *Parménides sujeto* (1932), *Kierkegaard y la filosofía existencial* (1936) *Atenas y Jerusalem* (1938). Algunos trabajos, compuestos de los ensayos inéditos, fueron publicados sólo después de su muerte: *Especulaciones y revelaciones* (1964) y *Sólo fide* (1966).

construida no tanto en la plataforma de los textos sagrados, que el filósofo ruso conoció bastante bien, sino sobre el fundamento del pensamiento de los grandes clásicos del pasado y no menos destacados pensadores de su época. Con algunos de ellos, principalmente con los filósofos de la línea racionalista que afirmaban la primacía de la razón, del orden y de la necesidad, (Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Kant, Hegel y Husserl) Shestov polemizaba apasionadamente, mientras que con otros, que negaban reducir la existencia humana sólo a la razón y a la necesidad, (Lutero, Pascal, Kierkegaard, Nietzsche, Dostoievski y Tolstoi) los consideraba sus aliados y en sus obras buscaba la base conceptual para afianzar su credo existencialista. Para ser justos, vale la pena destacar que Shestov no sólo “obligaba” a otros pensadores a aducir los argumentos a favor de sus propias afirmaciones, sino también, a veces, él mismo trataba de pensar por ellos, intercalando los conceptos de su propio cuño en la tela de planteamientos de sus oponentes o sus aliados.

A pesar de que León Shestov formalmente pertenece a los pensadores del Renacimiento filosófico-religioso ruso de inicios del siglo xx, y su modo del pensar, (original, sarcástico, lejos de los cánones académicas y siempre preocupado por la búsqueda de las cuestiones últimas de la existencia humana) lo vincula con el círculo de las ideas de Dmitri Merezhkovski, Vasili Rózanos, Nikolai Berdiaev, Serguei Bulgakov, Alexei Remezov, Semion Frank, no se inscribe totalmente en el cauce de la tradición filosófica rusa: indudablemente, Shestov compartía con los otros pensadores de su país algunas características, pero sus ideas paradójicas, su actitud irónica que frecuentemente se balanceaba al borde del nihilismo y su desdén hacia la razón, le hacían sentir solitario y ajeno a cualquier corriente existente en aquella época. En su libro de aforismos *Apoteosis de la sinrazón*, Shestov exhorta “a remover la tierra pensada y muerta del pensamiento contemporáneo” y “de una vez y para siempre acabar con todos los principios que los grandes y no tan grandes fundadores de los sistemas filosóficos nos imponen con obsesión incomprensible”. (Shestov, 1991: 35, 54) A este espíritu, libre de dogmatismos que no se frena ante ninguna autoridad, Shestov trató de ser fiel en toda su obra posterior.

Algunos investigadores de su filosofía se han planteado: ¿es legítimo buscar los orígenes de su pensar en la cultura rusa? El mismo Shestov contestó a esta pregunta sin ambages. Según su opinión, lo más original del pensamiento ruso radica no tanto en la filosofía de corte académico que surgió bajo influencia de la filosofía alemana, sino en la literatura artística presentada, en primer lugar, por Pushkin, Gogol, Dostoievski, Tolstoi y Chejov. Indudablemente, Shestov fue uno de los primeros filósofos que descubrió la dimensión

existencial en la experiencia artística de la gran literatura rusa del siglo xix. Ésta le daba una profunda atención al hombre sufriente, extraño, olvidado y “pequeño”, que, a pesar de todos los contratiempos de su miserable vida, quisiera afirmar la dignidad de su ser. A los literatos rusos les interesaba, básicamente el destino del hombre cuando éste se subleva contra el mundo, se aparta de las costumbres y rompe con sus ideas predilectas y sentimientos tradicionales. Ellos someten a sus protagonistas a un experimento espiritual, situándoles en condiciones excepcionales, despojándoles de cuanto les cubre, de todo lo acostumbrado y lo banal; les arrojan al purgatorio de las contradicciones existenciales. La literatura clásica rusa nunca se cerraba en un mundo poético de la imaginación pura, rechazaba la belleza liberada de sus vínculos con el humanismo. En este sentido, toda la obra de Tolstoi y de Dostoievski representa una fenomenología del espíritu artístico. Incluso, me atrevería a afirmar que toda la filosofía de Shestov es un intento de someter a prueba el contenido de la filosofía occidental a la luz de aquellas revelaciones acerca del hombre que fueron inherentes a la gran literatura clásica rusa y que tanto asombro provocó posteriormente entre los pensadores europeos. Para confirmar este enunciado es suficiente referirse a la autoridad del ya citado George Steiner. En su opinión, Tolstoi y Dostoievski son “figuras señeras” del florecimiento de la novela rusa del siglo xix.

“Este florecimiento[...] representa uno de los tres momentos de triunfo en la historia de la literatura occidental; los otros dos corresponden a los tiempos de la tragedia griega y Platón, y a la época de Shakespeare. En los tres, el pensamiento occidental saltó hacia delante desde las tinieblas mediante la intuición poética; en ellos se reunió mucha de la luz que poseemos sobre la naturaleza del hombre” (Steiner, 2002: 18).

Toda su vida Shestov estudiaba la filosofía, sumergiéndose en los textos de los grandes clásicos, y sin embargo, hablar de la concepción de su propio cuño es bastante difícil, ya que la idea principal que inspiraba al pensador y que la puso en el fundamento de toda su obra, se reduce a una lucha apasionada y frenética contra la razón que, según su opinión, deseca el ser del hombre, le quita libertad y le somete a la necesidad, una necesidad que se le impone tanto desde fuera, de la naturaleza externa, como desde dentro, de su propia naturaleza. La razón piensa habitualmente con silogismos: basta fijar un punto de partida y el resto se despliega de un modo automático, lo cual significa que nosotros no pensamos, sino que hay otro –*automoton spirituale*– que piensa por nosotros. Pero la filosofía, y sobre todo aquella que tiene algo que ver con el ser humano, desde el punto de vista del pensador ruso, no debe tener nada

en común con la lógica coercitiva de nuestro intelecto. La filosofía de corte existencialista es un arte del pensamiento intuitivo, destinado a romper la cadena de los silogismos para entrar ahí en donde todo es igualmente posible. Si la razón tiende a demostraciones indiscutibles, si aspira a verdades irrefutables y busca bases sólidas evitando todo lo problemático, indeterminado, aleatorio e irrepetible, entonces, este tipo de razón no puede y no debe tener nada que ver con las verdades existenciales que se le atañan al ser del hombre, pues sólo en lo problemático, lo azaroso y lo irrepetible estas verdades adquieren su justificación auténtica. Lo problemático, lo caótico, lo indeterminado nos suele asustar, nos parecen fuentes de todas las desdichas que amenazan a la misma vida. Pero, en opinión de Shestov, esto no es así: en realidad, el caos es la falta de cualquier orden y, por lo tanto, de aquel orden que excluye la posibilidad de la vida. El caos no es una posibilidad limitada sino algo diametralmente opuesto: una posibilidad ilimitada. Es un concepto que nos permite pensar lo impensable, lo cual significa no dejar nunca de dudar en lo que parece evidente y definitivo de por sí, sospechar siempre que pudiera haber “otro aspecto” en aquello que consideramos como inmutable y fidedigno, y esto nos recuerda que hay problemas y situaciones que están más allá del horizonte de la razón.

En uno de sus ensayos sobre Dostoievski, Shestov aduce una leyenda judaica según la cual a un hombre, antes de su fin terrenal, le visita el ángel de la muerte para separar el alma de su cuerpo. Este ángel está totalmente cubierto de ojos. ¿Por qué tiene tantos ojos este ser celestial? Lo que pasa es que el ángel a veces llega demasiado temprano, cuando la trayectoria terrenal del mortal todavía no está terminada. En este caso, el mensajero de Dios deja a la persona que está al borde de la muerte un par de sus innumerables ojos. Y ella ve, además de lo que ven los otros y de lo que ella misma vería con sus ojos naturales, cosas extrañas y nuevas; y las ve diferentes a la de antes, no como las ven los seres humanos, sino como las ven los seres extraterrestres; es decir, tales cosas existen para ella no necesariamente, sino libremente, son y al mismo tiempo no son, aparecen, cuando desaparecen y desaparecen cuando aparecen.

“El testimonio de los antiguos ojos naturales, de los ojos de “todo el mundo” contradicen completamente el de los ojos dejados por el ángel[...] Por consiguiente, se produce una lucha entre las dos visiones, lucha cuyo final es tan problemático y tan misteriosos como sus comienzos” (Shestov 2, 1993: 130).

Se puede decir, sin riesgo de equivocarse, que el mismo Shestov aspiraba a cultivar esta visión extraña y nueva, luchando contra el poder de las evidencias de la razón y del sentido común. Por eso me parece correcto el intento de caracterizar

el modo de filosofar de Shestov como una especie de “docta ignorancia”, una actitud que “coloca lo incomprendible... en el fundamento de la orientación primordial del hombre hacia el mundo” (Ajutin y Pactos, Shestov 1, 1993: 410). Esta actitud, cuyas raíces se remontan a Sócrates, le otorga a la filosofía del pensador ruso no sólo la característica hermenéutica, sino también mayéutica: Shestov plantea preguntas a los autores de los textos analizados y luego las replantea en las respuestas que da según su propia visión.

### 1. Iván Ilich ante el tribunal de su propia conciencia

En esta línea de reflexión, la conciencia de la muerte es la esfera más íntima y misteriosa de la experiencia del ser humano, porque apela a aquello que lo hace único e irrepetible. Precisamente en virtud de la muerte, mi existencia es verdaderamente mía; es la posibilidad más peculiar de mi vida y la reivindica en lo que tiene de singular. A pesar de que la llegada de la muerte es sabida por todos los seres humanos, sin embargo, no les es accesible, porque, según las palabras de Epicuro, somos incompatibles con ella: cuando estamos, la muerte no está, y cuando la muerte llega, ya no estamos. La muerte es una posibilidad singular e íntima, porque toca la misma existencia del ser humano, le vuelve a sí mismo, le obliga a concientizar su propio yo fuera de cualquier máscara de su rol social, aunque a veces en una forma imparcial de reconocimiento de este yo como algo mediocre e inane. Para el pensador ruso sólo el presentimiento de la muerte produce una verdadera comunión del hombre consigo mismo. El sentido de esta comunión se podría expresar así: Tu vida pertenece sólo a ti y nunca, en el transcurso eterno del tiempo ni en parte alguna del universo, aparecerá otro ser idéntico a ti. Shestov trataba de mostrar que la revelación de la muerte, la tragedia, la desesperación y la angustia arrojan luz sobre un “error fundamental”, inherente al ser del hombre. En pos de Kierkegaard, Shestov entendía este error como una caída, cuya fuente radica en la razón que inculca al hombre la desconfianza en la libertad divina y que le incita a ocupar el lugar de Dios. Y sólo la segunda dimensión de la razón —la fe libre— le podría otorgar una nueva visión a la existencia humana, la cual se produce en los momentos raros de la revelación de la muerte cuando el hombre se juzga a sí mismo y espera, con el temor y el temblor, su último veredicto.

André Maurois dijo alguna vez que “la muerte convierte la vida en destino”. Y es así, ya que la mayoría de los seres humanos ignoran la fecha de su fin. Pero cuando la vida lleva al hombre a un callejón sin salida y no le da ninguna esperanza para superar los obstáculos, él se resigna o emprende un intento desesperado de convertir lo imposible en posible: si no se puede salvar, por lo menos intentará aplazar la llegada

de lo irremediable. Justamente en estas circunstancias, cuando el hombre ya no puede estar seguro en los esfuerzos de su propia voluntad para limitar o poner fin a la arbitrariedad de su destino impredecible, empieza involuntariamente a reflexionar sobre el sentido de su vida. Precisamente en tales situaciones desesperadas León Tolstói coloca a sus personajes de la noveleta la *Muerte de Iván Ilich* y el relato *Amo y criado* y les convierte en jueces imparciales de su propia vida y de sus propias convicciones.

La historia triste de la enfermedad, los sufrimientos y la muerte del juez Iván Ilich Golovin empieza desde el momento en que subió la escalera para indicarle al tapicero dónde debía colgar una cortina; perdió el equilibrio, pero no llegó a caerse, tan sólo se dio un golpe en costado contra el marco de la ventana. Al principio, Iván Ilich no prestó atención a este acontecimiento que le provocó una ligera punzada en su costado. Pero trascurrieron los días y el dolor no pasaba, sino se intensificaba y le acarrea sufrimiento. Como sucede en esos casos, al enfermo le llevaron varios médicos, le dieron la atención necesaria para tales circunstancias, pero el dolor no disminuía. El enfermo se hizo muy irritable, puesto que le era imposible engañarse sobre la gravedad de sus males.

“Algo horrible, nuevo y tan importante como jamás le había sucedido, se estaba realizando dentro de su ser. Y él era el único que lo sabía; los que lo rodeaban no lo comprendían o no querían comprenderlo, y pensaban que todo seguía igual que siempre” (Tolstói, 1991: 806).

Eso era lo que más le hacía sufrir a Iván Ilich: no sólo el dolor incesante provocado por el malestar siniestro afligía su vida, sino también la conciencia de que el proceso que le acercaba a la muerte fue reducido por sus colegas y familiares a nivel de un accidente casual, hasta indecencia, desde el punto de vista de la gente que cultiva y adora la decencia y ante la cual hasta hace poco él mismo se reverenciaba.

En la confrontación con sus familiares, Iván Ilich no cesaba de reprocharles que estuvieran involuntariamente contentos de tener buena salud, y, a la vez, que estaban obligados a esconder su terrible situación de ser moribundo detrás de una mentira piadosa. Él no quería mentir, pero tampoco quería que le mintieran, diciéndole que su muerte era algo indefinido y por lo tanto, carente de importancia. Como comenta Shestov:

“a los familiares les era insuficiente no reconocer lo serio que le sucedía a Iván Ilich. Ellos exigían, en nombre de la razón, poseedor de las verdades obligadas para todos, que Iván Ilich no lo considere como algo serio, pues no pueden existir dos verdades: una para todos y otra para Iván Ilich, quien quisiera que ellos reconozcan,

en pos de él, aquello nuevo e inusitado que le sucedió como algo muy importante que acontece en este mundo y en aras de esto nuevo, dejara, olvidara y, a la vez, se atreviera a sublevarse contra el orden existente del mundo. Y a su vez, continuaba pensando que si tiene razón, entonces, esta razón debe obligarles a apoyarlo. La razón no reconocida, no apoyada por nadie no la necesita y en general, ¿acaso es una razón?” (Shestov, 1993: 130).

A pesar de que Iván Ilich reconocía lo irremediable de su muerte, sin embargo, interpretaba su situación a través del prisma de su estatus perdido, a través de las representaciones del pasado y, simultáneamente, experimentaba la enajenación de ellas e inconscientemente intentaba reestablecer lo perdido.

Por una parte, Iván Ilich quisiera que sus familiares reconocieran lo que está claro para él, pero, por otra, entiende que es imposible detener el correr habitual de la vida sólo porque alguien considere que algo extraño está sucediendo en su cuerpo. La gente que le rodea hace lo que puede para mantener un orden habitual agradable para todos, incluso para él. Sin embargo, la gente no puede, si quisiera, trasladarse a la conciencia de Iván Ilich, y desde dentro comprender su estado de ánimo y además, no tiene la disponibilidad de compasión, como el mismo Iván Ilich no la tenía antes de su enfermedad. Así que no hay manera de expresar ni de explicar sus nuevas sensaciones y pensamientos a los otros. Empero, desde el momento de su enfermedad, el moribundo sabe que los hombres no sólo se mienten unos a otros, sino que también se engañan a sí mismos y que el mismo Iván Ilich no es una excepción de esas reglas casi universales.

El enfermo entiende que para sus familiares y colegas de trabajo el proceso de morir es un azar, una desviación de la norma habitual que hace falta aceptar con condescendencia y no otorgarle gran importancia, pues ante el orden y la razón esta casualidad, provocada por el malestar, este dolor que no le deja en paz y que le impone su impronta siniestra en el presente, le amenaza con la muerte en un futuro cercano. Pero hasta ahora —y en esta paradoja radica una antinomia trágica— Iván Ilich internamente sigue considerando que la razón no la tiene él, sino sus familiares.

“Y es por eso, según Shestov, que odia tanto a la gente que le rodea que siente la razón y la fuerza, que legitima esta razón de lado de ellos. Si hubiera podido, con gran alegría visitaría el tribunal, jugaría *whist*, hablaría de política, etc, y de repente todo eso le está prohibido. El mismo orden que desde su nacimiento apoyaba y al cual honestamente servía, de repente se volvió contra él y no se avergüenza de esta vil traición ni considera necesario aducir, para su justificación, explicaciones algunas” (Shestov, 1993: 131-132).

La inercia del pluscuamperfecto (hubiera podido) obliga a Iván Ilich a dudar que el cambio que sucedió con él hiciera irreversible su existencia anterior. A veces le parece que su enfermedad es un fantasma, una pesadilla o un sueño siniestro y que pronto despertará y regresará al modo de vida habitual y agradable. Pero este mismo pluscuamperfecto se enfrenta con la verdad severa del presente, con su dolor roedor que no soporta las quimeras del “hubiera podido” que le regresaría al pasado. Todo lo que antes enmascaraba y expulsaba de su conciencia la imagen de la muerte, ahora, en la luz de la realidad implacable del dolor roedor, perdió su efecto anestésico. El presentimiento de la cercanía del final cortaba mil invisibles hilos que vinculaba al moribundo con sus prójimos, con su futuro e, incluso, con su pasado. Al principio de su malestar, Iván Ilich trataba de conservar el ánimo, ahuyentar la idea de la muerte y regresar al cauce habitual de los pensamientos de antaño, “pero ésta se erguía ante él y lo miraba. Iván Ilich quedaba petrificado se apagaba el brillo de sus ojos y empezaba a preguntarse, de nuevo: ¿Será posible que sólo ella sea la verdad? (Tolstoi, 1991: 811). Y cuando esa verdad penetró profundamente en su conciencia, sintió que le trastornaba el fundamento de su visión del mundo. Iván Ilich ya no podía resistirse a la vivencia de lo irremediable de su final cercano y sin embargo, todavía quería comprender: ¿para qué vivía?

El dolor y el miedo ante la muerte despertaron y sacudieron al juez Golovin: se enfrentó a solas con su enfermedad y con mil pensamientos que se suscitaron en él y contra él.

“Sin la enfermedad, Iván Ilich, espíritu ordinario, realmente no tendría ningún relieve, ninguna consistencia. Es ella quien, al destruirlo, le confiere una dimensión de ser. Pronto ya no será nada; antes de ella tampoco era nada; él existe solamente en el intervalo entre el vacío de la salud y la muerte, sólo es mientras se está muriendo” (Cioran, 1988: 113).

Sólo durante el malestar mortal Iván Ilich comprendió que la muerte, que contemplaba y que lo contemplaba, es su propia muerte y no el destino genérico de un hombre como todos, y esta muerte le otorga el sentimiento de su irrepetible singularidad. Es su muerte que, al destruirlo, le confiere la conciencia de que su vida anterior era falsa e ilusoria. Es su muerte la que, a fin de cuentas, lo convierte en un verdadero juez de sí mismo, según criterios estrictos e imparciales.

Antes de la enfermedad, su vida, como le parecía a Iván Ilich, corría según un orden habitual: “cómoda y decentemente”, como le sucedía a la mayoría de la gente de su estrato social:

“[...]se ascendía en escalera jerárquica del trabajo, se obtenían oficios lucrativos, se adquirían cosas de valor para la casa y la familia, y se divertía, jugando *whist*. Pero ahora tal vida le parecía

terriblemente trillada y vacía, porque esa existencia banal enmascaraba la ausencia de intereses espirituales significativos y de un sentido elevado. Ahora, cuando la conciencia de lo irreversible de su muerte prendió raíces profundas en su psique, él miraba con horror y perplejidad su pasado que, en opinión de Shestov, se convirtió en un “monstruo terrible”.

Cuando empezó la época que dio por resultado al Iván Ilich de ahora, todo le pareció insignificante e incluso vil.

“Su matrimonio [...]tan imprevisto, y la desilusión, el mal aliento de su mujer, el sentimentalismo y la afectación! Y aquel trabajo muerto, aquellas preocupaciones pecuniarias por espacio de uno, dos, diez, veinte años[...] ¡Siempre lo mismo! Y cuanto más avanzaba, tanto más muerto era todo aquello” (Tolstoi, 1991: 819-820).

Por supuesto, que no todo lo del pasado del juez Golovin era moralmente inútil e incapaz de justificarse ante el juicio de su propia conciencia, al cual Shestov lo compara con el “Juicio Final”. En su infancia encontró muchas cosas realmente agradables con las que podría volver a vivir. Y en la juventud hubo momentos de alegría, sinceridad y esperanzas[...]. Y sin embargo, hubo poco, muy poco del bien verdadero en la vida del juez moribundo, quien se juzga a sí mismo según los criterios estrictos e imparciales de un tribunal moral. Sin duda, había algunas veleidades a la nobleza anímica y a los ideales elevados que hubieron podido ser auténticos y que con ellos Iván Ilich quiso corroborar su autojustificación, pero súbitamente se dio cuenta de la inconsistencia de sus argumentos y luego empezó a considerar su vida en el pasado como malgastada y que ya era tarde de remediar. Y cuando por la mañana vio a sus familiares y al doctor, sus conductas le confirmaron la terrible verdad que se le había revelado en la noche anterior. Como en un espejo vio en ellos su propia imagen y entendió que su vida en el pasado así como la vida de su familia, en el presente, era un enorme engaño. Y cuando lo entendió plenamente, volvió a la pared y sintió una soledad terrible.

Según el comentario de León Shestov, “esta soledad absoluta, la cual nadie soporta y en la cual se ahogan todos los “valores” y “razones”, es decir, todas las “esencias ideales” es, por su naturaleza, la condición y el principio de la transformación del alma humana” (Shestov, 1993: 136-137). Pero, como luego se esclarece, en opinión del filósofo ruso, esta soledad existencial no está vinculada con los criterios morales de la gente que la vivencia. Shestov de repente afirma que:

“ni la vida honorable del funcionario común, —que fue la vida de Iván Ilich—, ni el martirio difícil del padre Sergio, les ayudarán en

el Juicio Final. Al contrario, agravarán las cosas enormemente. Los dos tendrán que abdicarse de sus “méritos” y todas sus esperanzas no deberán abrigarse en los méritos realizados en el pasado ni en las “acciones” futuras, sino en una casualidad benévola y creadora, la cual la razón común con desprecio rechaza” (Shestov, 1993: 137).

Se puede estar de acuerdo con Shestov de que la soledad “ante la cara de la muerte” destrona muchas cosas convencionales, así como las reglas de la decencia adscritas por la “razón común” a los seres mortales, aunque esta misma razón también cambia de una época a otra. Pero es difícil comprender de qué manera los méritos morales, si son realmente auténticos, pueden agravar la culpa de sus portadores. El mismo Tolstoi alguna vez escribió en su diario: “El miedo a la muerte es mayor cuando la vida es peor y viceversa. Cuando la vida es muy mala el miedo a la muerte es terrible[...].” (Tolstoi: 1955, 75). Pero entonces, ¿cómo entender la “casualidad benévola y creadora” que trastorna no sólo los méritos falsos de Iván Ilich, sino también el martirio noble del padre Sergio? ¿Y por qué Shestov considera la vida de Iván Ilich “honorable”, si antes la denominó un “monstruo terrible”? Quizás, estas inconsistencias se pueden explicar porque Shestov, en su lucha contra el poder de las evidencias de la razón, con el fin de humillarla, no se detiene ante la mística de la irracionalidad religiosa. ¿Se puede suponer que hablando sobre la necesidad de retractarse de los méritos ante el “Juicio Final”, el filósofo tiene en consideración *Sola Fide* de Martín Lutero, esto es, la justificación y la salvación sólo en virtud de la fe, a pesar de las obras buenas? Y más adelante, Shestov plantea otras preguntas que se quedan sin respuestas.

“La soledad, el abandono, las tinieblas lóbregas, el caos, la imposibilidad de prever y la incertidumbre absoluta: ¿el hombre puede aceptar todo esto? ¿Quién vio con sus propios ojos lo que sobrevivió Iván Ilich puede abrigar esperanzas y seguir adelante?” (Shestov, 1993: 138).

Quizá, como premio por todos los suplicios que sufrió el protagonista de Tolstoi, su tránsito de la agonía a la muerte se describe por el escritor, con plena aprobación de Shestov, como una comunión alegre al gran misterio, como un inconcebible y enigmático *fiat* que enciende la luz y expulsa las tinieblas. Sin embargo, este final por su tono elevado y enternecimiento dulce, no concuerda con la lógica del carácter del personaje principal ni con la franqueza de sus denuncias implacables y menos aún con las aficciones amargas por su vida mediocre. En mi opinión, hay más verdad en las palabras de Emil Cioran que interpreta el final de este trabajo de Tolstoi de la siguiente manera:

“Ni esta alegría ni esta luz son convincentes, son extrínsecas, están adheridas. Nos cuesta trabajo admitir que lograran dulcificar las tinieblas en que se debatía el moribundo; por otra parte, nada lo preparaba para esta jubilación sin relación con su mediocridad, ni con la soledad a la que está reducido” (Cioran, 1988: 119).

## 2. La muerte como “situación-límite”

Dejemos esta evaluación del tránsito de la vida a la muerte del juez Golovin, (no motivado lógicamente y conductualmente) a la conciencia del escritor ruso y de su exegeta, y pasemos al análisis del contenido de otro relato de Tolstoi a la luz de las revelaciones de León Shestov. En este relato, igual que en la noveleta anterior, el filósofo correctamente resalta que “inicialmente Tolstoi nos presenta a un hombre cuya existencia se desarrolla en condiciones habituales, familiares y aceptadas por todos y luego, de repente, lo arroja en aquella soledad que no se puede encontrar ni en el fondo del mar ni por debajo de la tierra” (Shestov, 1993: 138). En este relato actúan dos personajes: Vasili Andrévich Brejunov, que es un hombre de una energía incontenible en su aspiración a la riqueza, dueño de una tienda de comestibles, dos cantinas, un molino, un almacén, dos fincas arrendadas y una casa de tejado de metal, con granero; y su sirviente fiel y callado llamado Nikita. La tarea de Tolstoi es mostrar cómo estos dos hombres reaccionan ante la llegada de la muerte inevitable e implacable que de repente irrumpe en sus vidas en forma de ventisca.

Cuando llegó el vendaval, Nikita con su obediencia sumisa se acuesta en el trineo, como una manera de mostrar que está dispuesto a entregarse a los caprichos del destino, y esta resignación confirma la opinión cínica de su amo que, para justificar la traición del criado, antes de abandonarlo, le dice: “A éste le da igual morir. ¿Qué vida lleva? No siente perderla; en cambio yo, gracias a Dios, tengo de qué vivir” (Tolstoi, 1991: 853). Detrás de esta frase se esconde un sentido solapado: si Nikita es un hombre débil, fracasado y, además, inclinado al alcoholismo, Vasili está hecho de otro material: su energía vital brota con gran fuerza y le ha dado frutos abundantes en forma de riqueza acumulada. Y sin dificultad uno se puede imaginar cuánto más podría acumular ese hombre en virtud de su activismo multiplicado por su experiencia. ¡Tiene mucho que perder ahora y después!

Estas reflexiones febriles de Brejunov ante la tempestad furiosa que le amenaza arrojarle al torbellino de la muerte, nos recuerdan las meditaciones de Iván Ilich, que entiende con su razón lo inevitable de su muerte, y sin embargo, en sus vivencias, se resiste a lo irremediable del último destino, considerando que cualquier hombre es mortal, pero él, Iván, o él, Vasili, con sus ideas finas o con su energía vital,

es imposible que les suceda eso. ¡No puede ser! ¡Es ilógico, es absurdo, y sin embargo, contra todas las evidencias del sentido común, es! Aquí existe una semejanza entre el dolor que no deja de afligir a Iván y la ventisca que con su frío no deja de atormentar a Vasili. Pero se puede encontrar no sólo una analogía entre el destino de los protagonistas sino también un contraste. Si Iván Ilich está encerrado en su recámara por su enemiga-enfermedad mortal que desde su cuerpo frena sus acciones, permitiéndole sólo canalizar su resistencia por el cauce de sus ideas rebeldes, Vasili Andrévich es activo y trata de hacer todo lo posible para librarse de su enemigo poderoso que está fuera de él, y de cuyos brazos mortales trata de escapar, pero que, finalmente, también le mata.

Después de entender que no hay probabilidades de encontrar el camino, Brejunov rechaza que la borrasca, convertida en tormenta de nieve, este enemigo implacable y desmesuradamente más fuerte que él, pueda convertirse en la causa de su muerte. Desde el principio de la narración, Tolstoi hace aparecer a Vasili como un “dueño” seguro de sí mismo, quien sale a la escalinata con un cigarrillo en la boca, aspira la última bocanada, tira la colilla y la pisa. Es indudablemente un hombre fuerte, convencido de su capacidad de contraponerse a las vicisitudes del destino. Tolstoi, como atinadamente advierte Shestov, no sólo acentúa la riqueza, sino también la fuerza del espíritu emprendedor de su protagonista, que, como *self made man*, está obligado a hacer uso de su propia energía y sus capacidades.

“¿De quién se habla hoy en los alrededores? De Brejunov. ¿Por qué he llegado a eso? Porque estoy pendiente de mis asuntos y no me tumbo a la bartola ni me entretengo en tonterías, como hacen otros. Yo no duermo ni de noche. Si es preciso, salgo de viaje, haya o no haya borrasca. Así es como se deben hacer las cosas” (Tolstoi, 1991: 850).

León Shestov considera a Brejunov como un “hombre inspirado”, cuyo talento de poseerse a sí mismo y hacerse obedecer por los otros está dirigido sólo a su propio enriquecimiento.

“Si fuera puesto por el destino más arriba, si obtuviera una educación correspondiente, su voz con la cual engañaba a los compradores y vendedores, sería útil para los otros asuntos[...] El secreto de su talento radica en su capacidad de atraer a la gente, y viceversa, el éxito, el reconocimiento constituye la condición necesaria para el desarrollo del talento. A la gente le es necesario los líderes y los líderes necesitan de la gente” (Shestov, 1993: 140).

Se podría suponer, con ironía advierte Shestov, que si Brejunov hubiera recibido una educación adecuada, podría

convertirse en un pensador capaz de componer un “excelente tratado filosófico-teológico” dirigido a la apología de la voluntad inquebrantable.

Sea como sea, a diferencia de su criado obediente, al amo al principio no se le ocurre reconocer la imposibilidad de superar la fuerza de la Naturaleza: es demasiado fuerte tanto de su cuerpo como de su espíritu, y, además, está bien vestido no como Nikita que por su ropa vieja, tiembla por las ráfagas del viento helado. Al principio, sólo siente un poco de asombro por la fuerza de la borrasca de nieve. Pero poco a poco, el poderío del viento crece y se convierte en una ventisca violenta. Brejunov, adormecido en sus reflexiones sobre un negocio muy provechoso por la compra de un territorio boscoso, (lo cual explica su prisa de viajar, a pesar de la condiciones climáticas desfavorables) de repente se despierta de un empuje fuerte de su trineo, ve el espacio enorme de nieve, escucha el aullido del viento recio y empieza a sentir la fuerza del frío creciente. ¿Qué hacer, qué hacer? Pregunta inconscientemente, pero con ciertas dosis de alarma por su propia vida. Esta pregunta natural, que surge en cada ser humano que se encuentra ante una situación difícil, resulta inútil porque es imposible responderla. Brejunov es valiente y está dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias en su lucha contra quien se atreva a atentar contra su vida. Pero su enemigo es también poderoso, y lo más importante es que es invisible. ¿Cómo luchar contra él?, ¿cómo defenderse? Hace una hora, en Grishkino se sentía seguro de sí mismo y ahora la realidad del mundo pasado pareciera que se evaporó y junto con ella desapareció su seguridad, y por primera vez pensó que a Nikita, su sirviente humilde y obediente, quien nunca fue dueño de sí mismo y, por consiguiente, no podría ser dueño de los demás, quizá, le era más fácil estar en esta situación. Para su conciencia adormecida por el frío, el sueño y la muerte son prácticamente iguales.

Pero, al considerar esta debilidad temporal como “tentación maligna”, Brejunov otra vez se sintió dueño de sí mismo. Y la primera condición de serlo es dar cuenta clara de la situación del presente y empezar a buscar una posible solución. Vivir en la incertidumbre significa someterse a un poder ajeno que si quiere mata y si no indulta. Y hay muchas más probabilidades que este poder no tenga misericordia y que muestre su rostro de verdugo y no de salvador. En las manos de la furia de la naturaleza, la vida humana es un simple juguete.

“Y Brejunov por última vez, al recobrar todas su fuerzas, manifiesta su voluntad firme y declara a este silencio, a este abandono, a esta ventisca, a este tiritando caballo llamado *Mujortnyí*, a Nikita semi-congelado, a este desierto despoblado, frío, muerto, a este Nada enorme y vacío: no les creo para nada. En él todavía la razón persiste, la razón que siempre le había enseñado qué

hacer y ahora lo volverá a enseñar, porque es la razón. Todavía existe una respuesta, aunque el miedo escondido le susurra que tiene que rendirse” (Shestov, 1993: 143).

Al montar al caballo, y abandonar a Nikita al arbitrio de su destino, Brejunov, decidió probar suerte y tratar de encontrar el camino. Sin embargo, la firmeza de la razón le traicionó y ahora él titiritaba más de miedo que de frío. Cabalgaba con la esperanza de encontrar la caseta del guarda: el caballo le llevaba a un lado, pero el jinete le obligaba a proseguir en otra dirección. Varias veces distinguió algo negro en la lejanía y le pareció que eran los muros de las casas de una aldea y su corazón latía de alegría, pero resultaba que eran unos arbustos de artemisa que se agitaban desesperadamente y, sin poder explicárselo, se sintió aterrorizado. Súbitamente escuchó un grito aterrador, su caballo se estremeció, y el jinete, temblando de miedo, durante varios minutos no pudo entender qué sucedió. Sencillamente era un relinche del propio caballo que quiso animarse o tal vez pedía ayuda. Pero la explicación razonable de este susto no le trajo mucho alivio: los fantasmas que poblaron el gran espacio blanco no desaparecieron de su imaginación y, por lo tanto, el miedo persistió. Todo esto le obligó a evocar en su memoria la imagen de San Nicolás a cuyo icono vendía los cirios que después sus sirvientes le regresaban, apenas quemados y los guardaba en un cajón, extrayendo algún lucro de la fe ingenua de los pobres en la posibilidad del milagro. Al analizar este episodio, Alexis Philonenko comenta:

*“Estar perdido es aspirar a ser perdonado[...]. Quizá sería conveniente comenzar por la pregunta de saber si uno mismo se puede perdonar, es decir, verse directamente, sin reflexionar o sin cerrar el ojo en el espejo de la existencia. Tolstoi no cree que esto sea posible: no sólo la reflexión, como en cualquier espejo, no podría ser anulada, sino que además aquí se encuentra la marca de la finitud absoluta. Así pues, la desgracia es el lugar en donde se despliega la sinfonía de la existencia. Esta sinfonía es la separación de los momentos que componen a Vasili. Tolstoi lo vio como un árbol que se desgrana; se comienza por desraizarlo, después se le arranca la corteza y se le cortan las ramas; es entonces cuando todo en él está muerto”* (Philonenko, 2004: 127).

Esta muerte simbólica significa el desarraigo total de su alma y sucede cuando Vasili regresa al mismo arbusto de Artemisa. Para colmo de la desdicha, el caballo se hundió y Brejunov, para ayudarlo a salir del hoyo, saltó, y *Mujortnyi*, relinchando, desapareció en la neblina de la nieve. Vasili, perdido de la realidad, como en un sueño corrió en pos del caballo: tropieza, se cae, se levanta, otra vez se cae y se vuelve a levantar sin aliento diciéndose a sí mismo: “no hay que desesperarse”, “no hay

que apresurarse”, repite las reglas de cordura, y sin embargo, se atemoriza cada vez más y en lugar de seguir las reglas, estar tranquilo y atentamente buscar el camino, se echa a correr, se cae, se levanta, otra vez corre y pierde sus fuerzas. Así, por puro azar, alcanza el trineo en el que está acostado Nikita.

Al enfrentarse cara a cara con su muerte inevitable, Vasili Andréievich empieza a hacer cosas totalmente inesperadas e incompatibles con toda la trayectoria de su pasado y con su conciencia egocéntrica de un rico aldeano. En su alma, así como en el alma atormentada por los dolores incesantes del moribundo Iván Ilich, sucede una transmutación radical de los valores: de repente con un aire decisivo se acercó a Nikita y empezó a calentarlo.

“No sólo lo tapó con la pelliza, sino con su cuerpo caliente. Remetió los faldones entre el pescante y Nikita; y sujetó el bajo con las rodillas, permaneciendo así, de bruces, con la cabeza en el pescante[...]. Ya ves, y tú decías que te ibas a morir. Quédate quieto, caliéntate. Así, entre los dos empezó diciendo Vasili Andréievich. Pero, con gran sorpresa suya, no pudo seguir hablando porque las lágrimas brotaron de sus ojos y empezó a temblarle la mandíbula inferior” (Tolstoi, 1991: 856-857).

Y además, empezó, aunque por un tiempo muy corto, a comprender que el dinero, la tienda, las cantinas, las compras, las ventas, todo eso no es lo más importante que necesita el ser humano para vivir y morir con dignidad.

## Conclusiones

Para terminar quisiera detenerme y discutir la interpretación que ofreció León Shestov al referirse a la última metamorfosis sucedida con el “amo” Brejunov cuando de repente empezó a calentarlo a su criado Nikita. Según Shestov, la solidaridad humana, la voz de la conciencia despertada en Brejunov no es tanto la renovación existencial de su alma, sino los viejos hábitos de su jactancia de “amo” y un intento de fingir tener una nobleza del alma. “Ya ves, y tú decías que te ibas a morir”, Shestov así comenta estas palabras de Vasili. “Ya ves”, antes eran útiles, pero ahora, según la decisión del de repente soberano, no es útil, aunque hubiera coronado de por sí un gran sacrificio. Hace falta algo otro, diferente” (Shestov, 1993: 147). En el intento de calentarlo a Nikita congelado, Shestov ve la aspiración todavía no superada de Brejunov a regresar a su “elemento natural”: casi desde el más allá, dar a entender a los demás su noble intención de salvar a su prójimo a cambio de su propia vida. El noble impulso de Vasili de calentarlo a su criado, Shestov lo interpreta como una “comedia” del autosacrificio. Pero estas chispas de la conciencia “fuerte” cada vez se ponían más cortas y luego



se apagaron. Y si se apagaron, ¿qué quedó? Y “quedó”, según las palabras de Shestov, una gran alegría sobre su debilidad y libertad. “Él ya no le teme a la muerte, la fuerza le teme a la muerte, a la debilidad le es ajeno este sentimiento. La debilidad escucha que le llaman hacia algún lugar donde ella, perseguida y despreciada durante tanto tiempo, encontrará por fin su último asilo” (Shestov, 1993: 147). Pero “esta gran alegría sobre la debilidad y la libertad” es una hipótesis no justificada del mismo Shestov. En mi opinión, la alegría auténtica sobre libertad no consiste en la debilidad anímica que de repente llegó a Brejunov (explicada por su agotamiento físico durante el vagabundeo en la búsqueda del camino), sino en la transformación moral de su conciencia, en la abdicación sincera de sus “cantinas y bodegas”, corroborada por su aspiración, también sincera, de hacer el bien a su prójimo. Contrariamente a la afirmación de Shestov, la última acción del amo Brejunov no es una “comedia”, sino, posiblemente, una verdadera tragedia: el primer testimonio, aunque incierto, del despertar de su conciencia, interrumpido por su muerte intempestiva.

Sin embargo, Shestov observa que Tolstoi coloca a sus protagonistas en las situaciones-límite donde ellos “pierden los estribos”, hacen algo que está en contradicción con su vida, con sus orientaciones, con sus valores habituales y con sus nociones sobre la conveniencia utilitaria. Y al mismo tiempo comprenden que no pudieron actuar de otra manera, que sus nuevas acciones e ideas ocultan unas convicciones más fuertes que todos los argumentos de la razón que guiaban su conducta anterior. A través de sus nuevos pensamientos y sus actos espontáneos se produce una especie de conversión: los valores y las metas anteriores ahora, al borde de morir, les parecen insignificantes y mezquinos. En esto, según interpretación de Shestov, radica la “verdadera salvación” del hombre ante el tribunal de su muerte: encontrar su auténtico yo, estar de acuerdo consigo mismo y enfocar su sincera actitud hacia cada cosa. El encuentro del hombre con su muerte le arranca de las fuerzas anónimas que le imponen las normas y juicios anteriores y le permite trascender más allá de una individualidad determinada por sus funciones sociales hacia un yo libre y auténtico.

origi

## Bibliografía

- Ajutin, A. y Paktosh, E. (1993). *Observaciones y comentarios*, en Shestov, L. *Obras*. Tomo I, Nauka, Moscú (en ruso).
- Cioran, E. (1988). *El más antiguo de los miedos. A propósito de Tolstoi*, en *La caída en el tiempo*. Monte Ávila, Barcelona.
- Philonenko, A. (2004). *La filosofía de la desdicha. Chestov y los problemas de la filosofía existencial*. Tomo II, Taurus, Madrid.
- Shestov, L. (1991). *Apoteosis de sinrazón*. Editorial de la Universidad de Leningrado, Leningrado (en ruso).
- Shestov, L. (1993). *Obras*. Tomo 2, Nauka, Moscú.
- Steiner, G. (2001). *Pasión intacta*. Siruela, Madrid.
- Steiner, G. (2002). *Tolstoi o Dostoievski*. Siruela, Madrid.
- Tolstoi, L. (1991). *Obras selectas*. Tomo III, Aguilar, México.
- Tolstoi, L. (1955). *Obras completas*. Tomo 55, Politgiz, Moscú (en ruso).

# La Colmena

Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México

**Foro de expresión  
donde confluyen  
la creatividad, la pluralidad  
y la libertad del pensamiento,  
mediante un ejercicio de análisis, reflexión y crítica.**

Informes: Instituto Literario Oriente Núm. 215, Col. 5 de mayo, Toluca, Estado de México,  
C. P. 50090, Teléfonos: (722) 277 38 35 y 277 38 36, E/mail: lacolmena@uaemex.mx

El procedimiento para la edición de libros y publicaciones periódicas lo puedes consultar en la página web de la UAEM.  
www.uaemex.mx/SGCUAEmex/Documents del SGC/Procesos/Secretarías/Secretaría de Difusión Cultural/Dirección de Divulgación Cultural/Edición de Libros y Publicaciones Periódicas.

